

problemas de población

Por Iván Restrepo Fernández

El estudio de Warren Thompson y David Lewis ha sido un éxito de librería en los Estados Unidos, alcanzando ya la sexta edición en menos de cinco años. Ante la ignorancia y vaguedad que en los medios educacionales y profesionales existe respecto a lo que es la población, la forma como crece año con año, sus problemas, los autores pretenden que los lectores encuentran solución a tres puntos fundamentales:

a) Cómo enfocan los científicos sociales el estudio de la conducta humana a través de los fenómenos de población, ya que éstos se prestan sin mucha dificultad al registro objetivo y a la expresión matemática.

b) Qué disciplinas utilizan los estudiosos de la población, al igual que dilucidar claramente las interconexiones entre las variables de la población. Estudiar, por ejemplo, el modo en que los cambios en la fertilidad, la mortalidad y la migración en un país determinado pueden ocasionar modificaciones en las proporciones de hombres y mujeres y en las de los distintos grupos de edad establecidos. Y, como corolario, qué cambios se observarán en los fenómenos sociales, económicos y políticos, directamente relacionados con las variables de la población.

c) Permitirá al interesado hacerse de una técnica sencilla que lo conduzca a recoger, tratar y analizar los datos de población, que a simple vista parecen no ocasionar trabajo alguno en su recolección y elaboración.

Los autores parten de las que consideran como cuestiones principales en el estudio de la población. En primer lugar, el tamaño del grupo estudiado y los cambios cuantitativos y cualitativos que en él se presentan; luego, las características de esa población y, finalmente, cómo está distribuida la gente en una zona determinada y qué cambios se están realizando en su distribución. Para facilitar el análisis de estas cuestiones principales incluyen una lista de conceptos demográficos fundamentales, así como las clases y fuentes de datos.

El estudio de la población en sí lo inician con la exposición y análisis de la teoría malthusiana. Hace casi dos siglos, Malthus expresaba en su *Ensayo sobre el principio de la población* que "el hombre no puede mirar a su alrededor y ver la miseria que aflige a menudo a los que tienen familias numerosas; no puede mirar sus actuales bienes o ganancias, que hoy casi consume él solo, y calcular lo que tocaría a cada uno cuando hubiera de dividirlo entre siete u ocho, sin sen-

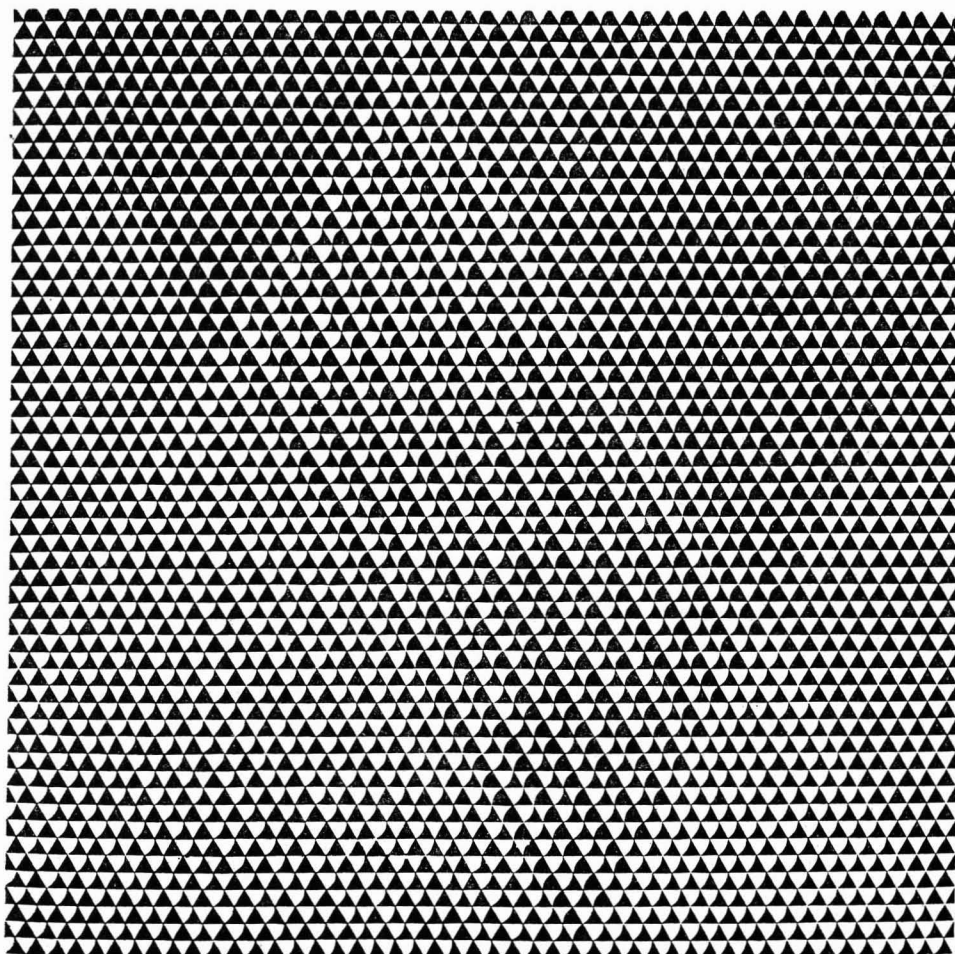
tir duda acerca de si, al seguir sus inclinaciones, podría sostener la prole que seguramente traería al mundo".

La población, asentó el discutido pensador inglés, está necesariamente limitada por los medios de subsistencia. Allí donde aumentan los medios de subsistencia aumenta la población invariablemente, a menos que se lo impidan obstáculos poderosos y evidentes. Estos obstáculos y los que reprimen la capacidad superior de aumento de la población y mantienen sus efectos al nivel de los medios de subsistencia —concluye— pueden todos resumirse en la abstención moral, los vicios y la miseria.

La creencia del famoso demógrafo era, en términos generales, que el número de individuos tendía a aumentar con mayor rapidez que las subsistencias a causa de la pasión entre los sexos. Por ser esto "natural", el vicio y la miseria serían la suerte inevitable del hombre a menos que se adoptaran extensamente medidas preventivas. Pero en su opinión tales medidas no serían puestas en práctica en forma oportuna. Y a pesar de algunas modificaciones posteriores que lo hicie-

ron menos pesimista, continuó predicando que la tendencia instintiva del hombre a reproducirse a un ritmo demasiado rápido, seguiría produciendo muchas privaciones y sufrimientos. Quienes todavía hoy día creen en su "ley", alegan que no está del todo equivocada, ya que si la verdadera ley natural de población tendiese al posible equilibrio entre el número de individuos y sus subsistencias, no habría por qué preocuparse de un crecimiento demasiado rápido de la población. Y, por otra parte, no habría razón para que el hombre tomase medidas positivas para controlar su número. "La naturaleza lo haría por él —sostienen algunos—, y la suerte del hombre mejoraría automáticamente con el aumento de su capacidad per cápita para producir bienes y servicios útiles."

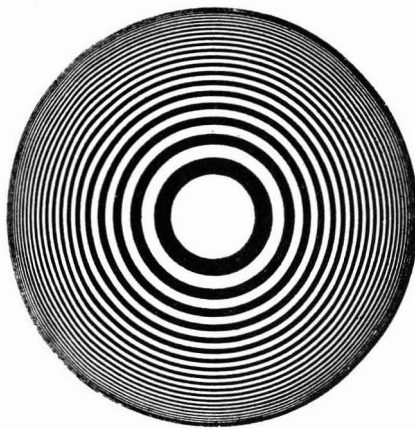
Fueron discutidas, cada una en su época, diversas teorías sobre la ley natural del crecimiento de la población, pero sobresalen la enunciada por el economista inglés y contemporáneo de Malthus, Michael Sadler; la del filósofo Thomas Doubleday, la de Herbert Spencer, y la de Corrado Gini. Mención aparte merece la posición que en torno al tema asumió Carlos Marx: su teoría de la población en realidad fue sólo accidental respecto de su teoría general de que el sistema comunista era el único remedio para todas las penalidades económicas del hombre. Para Marx "es la población trabajadora la que, mientras efectúa la acumulación de capital, produce también los medios por los cuales



—Bridget Riley

ella misma se hace relativamente superflua, se convierte en una población relativamente sobrante; y lo hace así en medida creciente. Ésta es una ley de población peculiar al método capitalista de producción; y, en realidad, todo método de producción que aparece en el transcurso de la historia tiene su propia y peculiar ley de población, históricamente válida. Sólo para las plantas y los animales hay una ley de población en abstracto, y esto sólo mientras el hombre no interviene en ello”.

En el transcurso de los dos últimos siglos las opiniones en torno al problema del crecimiento demográfico forman ya una larga cadena. Desde la expuesta por el presidente del United States Population Crisis Committee, quien al referirse a nuestros países sentenció que “el futuro de América Latina estará ensombrecido por el hambre más terrible si sus habitantes persisten en reproducirse”, hasta lo que en el ámbito nacional dicen nuestros expertos. El maestro Gilberto Loyo, por ejemplo, asentaba hace algún tiempo que en México “la tasa de 6% de incremento del producto nacional bruto no es alta, es difícil aumentarla sustancialmente y supera el incremento



de la población dejando un promedio de 2.5% de incremento anual per cápita del producto nacional”. Y agregaba que “lo que debe preocupar a los mexicanos es la fuerte tasa de crecimiento demográfico de 3.5% al año que, por la estructura de la población nacional por edades y por la alta fecundidad, tiende a conservarse durante los tres o cuatro lustros, y es preocupante porque este crecimiento acelerado de la población se une a los factores socioeconómicos que

obstruyen el aumento de la tasa del producto bruto nacional”. Debe entonces, sugiere Loyo, adoptarse una política demográfica uniforme y sostenida, para ir disminuyendo la tasa de crecimiento de la población. Pero a renglón seguido aclara que no tiene ninguna validez la actitud de diversos grupos tendiente a evitar el crecimiento poblacional “con el propósito de conservar privilegios y mantener al pueblo en la miseria, en la ignorancia y en la injusticia económica y social”.

Thompson y Lewis, si bien aciertan al ofrecer un panorama mundial del crecimiento demográfico, de la distribución de la población por regiones, de los problemas políticos derivados del aumento de habitantes, especialmente en las zonas atrasadas y, finalmente, de las distintas políticas de población puestas en práctica en diversas épocas y países, olvidan en su detenido análisis considerar aspectos fundamentales para entender el problema y la justa alarma que, entre las sociedades altamente desarrolladas (y por ende con un alto control sobre extensas áreas), despierta el acelerado crecimiento de los países pobres.

Porque hoy día el aspecto político del

julio ortega: leyendo a de quincey

1

El arte de combatir a los animales
es la política

dijo Platón

pero el viajero que ha perdido su lugar
y su ocasión de combate

su inocencia es sospechosa

pudo haber tenido razón

y hasta un destino si el lenguaje lo permite
en el orden de los actos un acto ejemplar.

Pero si la noche lo humilla en los caminos
todavía podrá elegir

una modesta posada

de los cinco condados galeses del Norte:

Denbig, Montgomery, Carnavon,

y también: Merioneth o Cardigan.

Lo recomendó con astucia De Quincey

un inglés muerto hace tiempo

pero un inglés al fin y al cabo

que presumía de vagar en la Historia

el arte de Platón

exuberante junto al cochero tuerto

en el coche de correo inglés

humanamente 22 millas por hora

como un enviado de los campos napoleónicos

pregonando la victoria

y su destino era su lenguaje.

Pero el viajero tardó

¡un tipo que duda tanto!

¿cómo no habrían de dudar de él?

podrá dormir, por ejemplo, y desayunar en Carnavon,

luego paseará cómodamente 9 millas

antes de comer en Bangor

y desde aquí a Aberm otras 9 millas,

o irá a Lammberis, y así sucesivamente

haciendo de 70 a 90 o 100 millas en una semana.

Porque yo pude ver —miente De Quincey—

que ésta era la más encantadora de las vidas.

Éste era el movimiento eterno

de los vientos y de los ríos.

2

Figura imposible de su tiempo nocturno

oculto el viajero abrirá otro libro

pero la astucia de De Quincey

ya previno esa presunción solitaria

y dijo

las mejores bibliotecas yacen al fondo del mar.

Los naufragios reales presentan a menudo

semejantes bibliotecas incoherentes

en los suelos del mar hambriento.

Magnífica es la biblioteca

que duerme libre de la crítica en el fondo del océano

aunque sea el Índico

procedentes de tantos ilustres navíos

ricos en poblaciones grandes como ciudades

capaces de bandería y rebelión

y esos libros

ya no tienen el peligro moral

de los incendios.

Así mintió este inglés errante

atravesando desesperado el laberinto de Londres

y los hechos de su época

en harta miseria,

un mismo camino

en el polvo idéntico,

y tuvo el poder de la palabra

una misma ficción solitaria

el poder de la palabra irrevocable.

¿un nuevo romanticismo?

Por Margarita Peña

crecimiento de la población adquiere cada vez más trascendencia, ya que en él convergen actitudes de dos mundos distintos, uno de los cuales pretende no sólo decirle al otro qué es lo que debe hacer, sino asegurarse por medios muy poco elegantes que lo cumpla. Las grandes potencias capitalista temen, en realidad, que una población creciente que se debate en medio de la injusticia y de la inequitativa distribución de la riqueza termine por acelerar el proceso de transformación radical de las estructuras existentes. Esto significará, ni más ni menos, la modificación de las actuales e injustas relaciones entre el mundo atrasado y el desarrollado. Acuden, entonces, periódicamente, al expediente de atribuir la miseria de los pueblos atrasados al crecimiento poblacional. Pero olvidan que el problema no es tanto productivo como de mala distribución del ingreso. Baste citar al respecto que en los últimos cien años, mientras la población mundial se ha triplicado, la producción de bienes y servicios ha aumentado en una proporción cinco veces mayor, pero observándose paralelamente una concentración de la riqueza generada mundialmente, en pocos países.

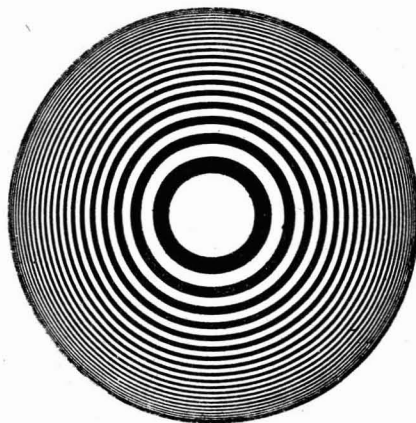
La forma más acabada de neomalthusianismo moderno se tiene no solamente en instituciones como la United States Population, patrocinadora de la edición del libro de los profesores Thompson y Lewis, sino a nivel, por ejemplo, del Banco Mundial que dirige el ex secretario de la defensa de los Estados Unidos, Robert McNamara.

No hace poco los países latinoamericanos se vieron obligados a objetar el discurso en el que el alto funcionario internacional condicionaba la ayuda que presta el banco a los controles demográficos que establezcan los países beneficiados. Sostiene en su tesis McNamara que la expansión económica nunca podrá marchar al ritmo de una proliferación ilimitada de la población de nuestro planeta e insinúa que disminuyendo el crecimiento demográfico, automáticamente aumentará el ingreso de las naciones atrasadas. Este malthusianismo con garrote no es cuestión de discutir ahora; mejor sería recalcar que son pocos países (y dentro de ellos, un grupo reducido de familias), los que por diversos mecanismos se apropiaron del producto generado por la población de los países atrasados y de más bajos ingresos. Sobre el tema, repito, el excelente texto que comentamos guarda un silencio absoluto, bordando solamente en torno a los efectos que puede ocasionar el crecimiento poblacional acelerado, pero olvidando las causas fundamentales que originan la pobreza, la insalubridad, el hambre, la miseria, en las familias más numerosas de los sectores urbano y rural de las tres cuartas partes del mundo, es decir, el subdesarrollado.

Warren S. Thompson y David T. Lewis, *Problemas de población*. Prensa Médica Mexicana; México, 1969. 534 pp.

La clave del título —*El poder de la urraca*— del último libro de Alberto Dallal se halla implícita en unas pocas líneas de ese largo y melancólico soliloquio de Ana, que es la novela en su conjunto: "...aquel tropel de pensamientos que tanta mella hacían en mí, aquel inútil ir y venir de mis razonamientos, empeños sin fruto, quedan reducidos a su expresión más simple: soy un pajarraco sin alas, con el mínimo poder de los gusanos". La urraca, en este caso Ana, atesora los elementos que la realidad le proporciona, los suma a su propio fluir interno en la persecución del ideal de la Inteligencia —objetivo primero y último, puente que la une al mundo, posibilidad subjetivizada de comunicación— y fracasa cuando intenta obtener respuestas afectivas sobre la premisa de la lucidez, de ser y permanecer inteligente. Dallal autor cómplice de su personaje, concluye en un colofón que cierra ciento cuarenta y dos páginas: el amor no se alcanza a través de la razón; el "poder de la urraca" no es sino su antítesis: impotencia para obtener logros vitales. Relato que combina el tono de novela rosa con las categorías éticas a lo literatura prerromántica de Choderlos Laclos, ejemplifica un neorromanticismo abstracto que en el plano intrínsecamente literario, se sustenta sobre dos coordenadas: la de los personajes y la de las atmósferas.

Por lo que toca a la primera, los personajes principales —Ana, Sebastián, Nadia y Elena—, se configuran como seres evanescentes, no ubicables en el contexto de una realidad común. Pensantes, especulativos, casi inmateriales y abstractos, sus actitudes son ambiguas, sus gestos dejan lagunas que llenan, en el nivel de la narración, sus propias sensaciones. AD utiliza el monólogo en primera persona, y ocasionalmente la epístola como instrumento para hurgar en la conciencia de estos adolescentes que él nos muestra hipersensibles y precozmente maduros.



Por el contrario, el Dr. Kerr —casi una entealequia— y Antonia, el ama de llaves, en razón de su absoluta vulgaridad, constituyen el único punto de referencia a una realidad externa, ajena al cuarteto. Ana, quien conduce el relato, descubre a través de sus amigos una nueva dimensión de la ternura en la práctica del amor que no reconoce sexos, que es juego de los sentidos y de la inteligencia. Las parejas aparentes se descomponen en una cifra indeterminada. Así, descubrimos la no existencia del binomio Ana-Sebastián, sino más bien el amor colectivo, compartido, hecho de matices, ubicado en el territorio intermedio entre los personajes y las apariencias de realidad. Novela en la que la expresión del sexo se convierte en tierno delirio, se halla sustentada desde el punto de vista de las ideas sobre el principio de la pureza, la cual rescata a los personajes y a la anécdota de estridencias eventuales. Dallal descubre las potencias del alma y liberándolas de sus connotaciones cristianas las echa a andar en la rueda "cartesiana" de un racionalismo *sui generis*, no por romántico, menos escueto. Razón, pensamiento (que equivale al primigenio "entendimiento"), memoria (por oposición a olvido) se dan cita en las actitudes polarizadas de los personajes: la de "sentimiento intenso" y la de "frivolidad poco común". Términos que resumen el comportamiento de aquéllos, equivalen respectivamente al compromiso con la inteligencia y a la fantasía artificiosa. Ambos extremos dominan a lo puramente instintivo y natural. Ana, especulativa y egoísta, se sirve de la razón para vivir el acto amoroso. Recibe y se satisface sin llegar a dar, escudándose en su frialdad, practicando un sadismo calculado. Al mismo tiempo, Sebastián, ingenuo dentro de su insinceridad, busca en la entrega al cómplice, al ser incondicional. Ambos se frustran en el intento de identificación, dejando inconcluso el mundo que prefabricaron con la imaginación. Por otra parte, el autor sugiere que en el nivel de la atracción homosexual los objetos amorosos son aún más escurridizos e inasibles. El triángulo Ana-Elena-Nadia se diluye en su propia inconsistencia. El ménage en el que estas adolescentes desencantadas envuelven a Sebastián no es, una vez pasada la euforia orgiástica, sino el rito de iniciación en la soledad individual. Ana lo va a declarar de modo explícito en el último párrafo de la novela: "Estoy sola. No podía ser de otra manera. He percibido, desde hace tiempo, cuál es el destino de los que siempre andamos en busca de una respuesta definitiva." El desequilibrio de estos personajes que os-